

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

17, 24, 31 de enero y 7 de febrero de 2021

MD 2021 / 02

¿SNORKEL O BUCEO?

El título puede parecer sorprendente, pero ya veréis que es fácil de entender.

Hemos empezado un nuevo año civil, un año aún lleno de incertidumbre a causa de la crisis sanitaria, económica y social que ha traído la pandemia. Con todo, desde la vertiente de la fe, de la liturgia, somos llamados a no sucumbir, a seguir subiendo escalones, a no quedarnos estancados. Un punto a tener en cuenta ante esta situación podría ser cómo vivimos interiormente las celebraciones litúrgicas, sobre todo la misa y más aún la Eucaristía dominical. Lo digo porque estamos muy acostumbrados a pre-

ocuparnos mucho de quién canta, qué cantos, quién lee, quién hace esto, quién hace aquello. Y está muy bien que preparemos todas estas cosas para que la misa salga bien y sea participada. Pero también es cierto que todo esto nos puede despistar un poco de lo que es la Eucaristía en sí misma: celebramos el Misterio Pascual, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

Todas nuestras respuestas, cantos, gestos, movimientos durante la celebración nos tienen que ayudar a entrar en la presencia de Dios. Ahora que comienza este nuevo año, nos podríamos proponer adentrarnos en qué dice cada oración que decimos, cada gesto que hacemos. Os animo y me animo a no vivir la misa desde una vertiente externa, sino bien adentro, como cuando uno hace snorkel (nada en la superficie) o buceo (nada en la profundidad).

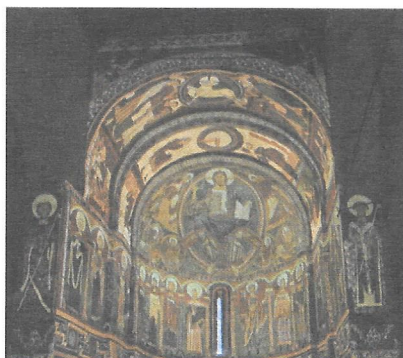
D. 2 del tiempo ordinario / B
D. 3 del tiempo ordinario / B
D. 4 del tiempo ordinario / B
D. 5 del tiempo ordinario / B



JOSEP TEIXIDÓ

ORIGEN POPULAR DEL CULTO A LAS IMÁGENES (II)

A las razones teológicas expuestas en la primera parte del artículo (MD 2021 01) se añadió una motivación sociológica que favoreció el culto cristiano de las imágenes. Cuando la Iglesia se integró a partir del siglo IV en las estructuras esta-



tales del imperio romano, el reconocimiento del carácter sagrado de la efigie del emperador reinante —que era objeto de una respetuosa veneración popular con aclamaciones, con reverencias, con incienso y con la luz de los cirios encendidos— hizo que los cristianos y toda la Iglesia, en un momento en que los emperadores eran cristianos, se familiarizaran con la praxis cultural de imágenes imperiales y aplicasen esta costumbre cristiana de los iconos venerados, que a partir de entonces también recibieron aclamaciones, reverencias, incienso y la luz de los cirios encendidos.

En el siglo IV, por obra de Eusebio de Cesarea y otros teólogos, se estableció una teología política que hacía del emperador una «imagen» terrena de Dios soberano, hecho que se expresó en el arte mediante la figura teológica de la *maiestas Domini*, según la cual Cristo soberano es representado como el emperador y, a la vez, este es representado con atributos propios de la divinidad. No se trata, sin embargo, de una adop-

ción superficial o externa de formas artísticas por parte de los cristianos, sino de la expresión de un pensamiento profundo de la fe. Del mismo modo que Dios Padre, a quien nadie ha visto —salvo su Hijo—, no puede ser gráfica-

mente representado porque es invisible y ultrapasa toda capacidad humana de entender, sino que solo su Hijo en su forma humana puede ser representado, eso es válido también para la majestad del emperador. La majestad divina es invisible e incomprensible, pero en la figura humana del emperador se expresa una imagen visible de aquella, de manera que, en el ámbito de las artes figurativas, la representación de Cristo soberano sentado sobre el trono mantiene un parecido formal con la representación del emperador soberano (*maiestas Domini*): ambos acostumbran a llevar vestidos púrpura sentados sobre un trono adornado de piedras preciosas y tejidos lujosos, y ambos, situados en el lugar central, están rodeados por los santos a modo de corte imperial.

Siguiendo el magisterio del profesor André Grabar, no cabe duda del parentesco evidente de ambos repertorios: el ciclo imperial y el ciclo cristiano del arte en los siglos IV, V y VI. Veamos los seis temas de los dos ciclos:

1. Ciclo de Cristo: monograma, lábaro, cruz triunfal como instrumentos de la victoria de Cristo. Ciclo del emperador: monograma, lábaro, cruz triunfal como instrumentos de la victoria del emperador.
2. Recibiendo la ofrenda de los fieles (corderos, símbolos de los evangelistas, apóstoles, santos, ancianos del Apocalipsis). Ciclo del emperador: el emperador recibiendo la ofrenda de sus súbditos y de los enemigos vencidos.
3. Ciclo de Cristo: Cristo (imagen histórica o alegórica) adorado por los fieles (ángeles, santos, bienaventurados, etc.). Ciclo del emperador: el emperador (retrato o imagen alegórica) venerado o aclamado por sus súbditos o por los enemigos vencidos.
4. Ciclo de Cristo: Cristo pisando el áspid y el basilisco como alegoría de la victoria sobre la muerte. Ciclo del emperador: el emperador pisando el áspid y el basilisco como alegoría de la victoria sobre el enemigo.
5. Ciclo de Cristo: investidura por Cristo (de san Pedro; cf. los santos coronados por Jesucristo). Ciclo del emperador: investidura por el emperador (de altos funcionarios de la corte).
6. Ciclo de Cristo: Cristo coronado por una mano divina. Ciclo del emperador: el emperador coronado por una mano divina. De hecho, es probable que la influencia formal entre estos dos tipos de representaciones «en majestad», la de Cristo y la del emperador cristiano, sea recíproca.

ALBERT VICIANO VIVES
*Presbítero de la diócesis de Tarragona,
 jefe de estudios de la Facultad Antoni Gaudí
 Artículo publicado en El Bon Pastor,
 núm. 116, diciembre 2019*

REEDICIÓN HOJA VERDE SOBRE EL AÑO LITÚRGICO

En esta entrega de MD ofrecemos una hoja verde que publicamos hace años: «El año cristiano, para vivir nuestra salvación» (Año cristiano, 37). Nos ha parecido que valía la pena reeditarlo con un formato más actualizado, ya que es un buen material para la catequesis sobre el año litúrgico. Esta hoja se puede complementar con el cartel «El año litúrgico» (Tiempos litúrgicos, 5), cuya imagen reproduce la hoja verde.



OCTAVARIO DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS 2021

«*Permaneced en mi amor y daréis fruto en abundancia*» (Jn 15,5-9)

Un año más el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad Cristiana y la Comisión Fe y Constitución del Consejo Mundial de las Iglesias nos invitan a participar en el Octavario de oración por la unidad. Como ya debéis saber, se hace del 18 al 25 de enero, que es nuestro caso, o alrededor de Pentecostés.

El Octavario de este año ha sido preparado por la Comunidad Monástica de Grandchamp (Suiza). El tema elegido, «*Permaneced en mi amor y daréis fruto en abundancia*», que tiene su fundamento en Jn 15,1-17, expresa la vocación de la Comunidad de Grandchamp para la oración, la reconciliación y la unidad en la Iglesia y en toda la familia humana. Toda la comunidad, formada por unas cincuenta hermanas de diferentes iglesias y países, ha trabajado durante varios meses en el borrador. Se lo agradecemos.

Con el enorme empuje de los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II se han hecho muchos pasos importantes en muchos aspectos doctrinales. El camino recorrido no tiene marcha atrás. Ahora quedan los aspectos más difíciles, quizá, que son los aspectos eclesiológicos, sobre todo el ministerio petrino y el gobierno sinodal o monárquico de la única Iglesia de Jesucristo. No será fácil y deberemos ser pacientes y luchar con las armas potentísimas de la oración y el amor.

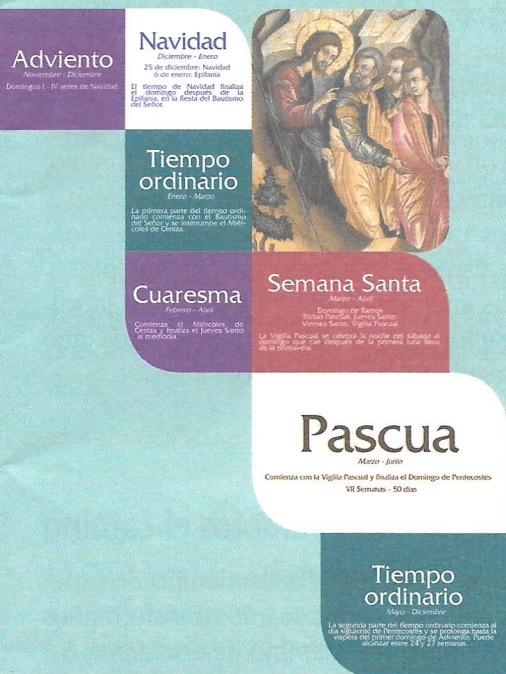
Por otro lado, en muchos sitios del mundo se vive muy intensamente el ecume-

nismo de la caridad, esto es la relación amistosa y fraternal entre instituciones en el ámbito local y regional y entre personas de diferentes denominaciones cristianas. Posiblemente esto tampoco tiene marcha atrás, pero necesitamos aumentar la cantidad y la calidad de los contactos porque lo que no progresa se deteriora.

Es evidente que el movimiento ecuménico va al ralentí desde hace unos cuantos años. Sufrimos un tipo de cansancio, de desilusión, por la lentitud del proceso. Constatamos la existencia de comunidades católicas, ortodoxas y protestantes que tienen el tema totalmente arrinconado. E incluso hay algunas totalmente contrarias al ecumenismo.

En lo referente a los católicos, ¡deberíamos jugar fuerte en el ecumenismo y no lo hacemos! Termino con un texto emitido de san Juan Pablo II: «El ecumenismo, el movimiento a favor de la unidad de los cristianos, *no es solo un mero "apéndice"*, que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia. Al contrario, pertenece orgánicamente a su vida y a su acción y debe, en consecuencia, inspirarlas y ser como el fruto de un árbol que, sano y lozano, crece hasta alcanzar su pleno desarrollo» («*Ut unum sint*», núm. 20).

JOSEP ESPLUGAS
*Presbítero católico, Delegado para
el ecumenismo y relaciones interreligiosas
de la diócesis de Terrassa*



EL AÑO CRISTIANO

PARA REVIVIR NUESTRA SALVACIÓN

La fe cristiana no son unas ideas, no es una lista de cosas que hay que creer ni de comportamientos que hay que cumplir. La fe cristiana es vivir una historia, la historia de la salvación de Dios, que tiene su centro en Jesús, en su muerte y resurrección. Y esto lo recordamos y lo vivimos a lo largo del año.

En los comienzos, los cristianos celebraban solo el domingo. Cada domingo se reunían, compartían la fe y la vida, escuchaban la Palabra de Dios y celebraban la Eucaristía, recordando lo fundamental del ser cristiano: la resurrección de Jesús y la llamada a vivir como él había vivido. Pronto, sin embargo, empezaron a celebrar, una vez al año, el aniversario de la muerte y resurrección de Jesús, que había sucedido en los días de la fiesta judía de la Pascua. Así nació la Pascua cristiana, que se celebraba con una larga vigilia de oración y fiesta por la resurrección de Jesús, y que es el origen de nuestra Vigilia Pas-

cual. Y preparaban esta fiesta con dos días de ayuno, el viernes y el sábado, recordando su muerte. En el siglo II, la fiesta de Pascua se fue ampliando hasta durar cincuenta días, lo que hoy llamamos tiempo de Pascua. Y más tarde, en el siglo IV, añadieron cuarenta días de preparación, el tiempo de Cuaresma.

Y fue también en el siglo IV que empezaron a celebrar la venida del Hijo de Dios al mundo. En Oriente lo celebraban el 6 de enero, y en Roma el 25 de diciembre. Y de aquí nacen nuestras fiestas de Navidad y de Epifanía. Y finalmente, tiempo más tarde, hacia el siglo VI, se creó también un

tiempo de preparación a la Navidad, que es el Adviento.

Así quedó formando básicamente el año litúrgico tal como ahora lo tenemos.

La fecha principal es la de la Pascua, el día del aniversario de la Resurrección de Jesús. La Pascua cambia cada año, porque el calendario judío cuenta el tiempo según la luna (la Pascua es el domingo posterior a la primera luna llena de la primavera). En cambio, para

la otra gran fiesta, la Navidad, el día en que la celebramos no es ningún aniversario de nada, pues no sabemos en qué día nació Jesús.

Con el año cristiano, o año litúrgico, vamos viviendo la presencia de Jesús y los momentos básicos de la salvación, y vamos cultivando los sentimientos y las actitudes que esta historia de la salvación nos invita a tener. Y cada año seguimos este itinerario:

ADVIENTO

el Señor viene, nosotros lo esperamos, y le preparamos el camino

El Adviento empieza cuatro domingos antes de la Navidad. Es un tiempo de esperanza, de deseo y de oración para que cada uno de nosotros seamos transformados por el amor de Dios, y de trabajo nuestro para preparar el camino de este amor. Así nos preparamos para la venida de Dios entre nosotros. Una venida que no es solo un recuerdo de cuando vino a Belén hace dos mil años, sino que es una venida que se hace realidad constantemente en nuestras vidas, y que se realizará de manera definitiva al final de los tiempos.

NAVIDAD, Dios está con nosotros

El 25 de diciembre celebramos una gran alegría, tal como lo anunciaron los ángeles: hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Un niño en pañales acostado en un pesebre es el Hijo de Dios que se ha hecho uno de nosotros, carne de nuestra carne. Y empezamos unos días de fiestas en los que vamos reviviendo esta gran alegría, y que culminan en la segunda gran fiesta, el 6 de enero, en la que celebramos que aquel niño es luz para todos los pueblos, representados en aquellos sabios de Oriente que se acercan a adorarlo.



TIEMPO ORDINARIO

el camino del Evangelio

Acabado el tiempo de Navidad, empezamos unas semanas en las que no celebramos ningún acontecimiento especial, ni se resalta ninguna actitud cristiana determinada. Sino que cada domingo estamos invitados a reunirnos como comunidad cristiana, convocados por Jesucristo, para escuchar su palabra y compartir su mesa. Es lo que llamamos el «tiempo ordinario». En estos domingos, lo que nos hace de guía es ir leyendo, de manera continuada, uno de los evangelios, el que corresponda a aquel año. Para llenarnos, sencillamente, de la vida y las enseñanzas de Jesús.

CUARESMA

llamados a convertirnos y a volver al Señor

La Cuaresma es el tiempo de preparación de la Pascua. Un tiempo en el que estamos llamados a reconocer que, a menudo, somos infieles a la vida nueva que hemos recibido en nuestro bautismo, a pedir perdón por nuestros pecados, y a trabajar para convertirnos y renovar nuestra vida. Porque queremos acompañar sinceramente a Jesús que camina hacia la cruz, para unirnos a su muerte y poder compartir con él su resurrección. Los cuarenta días de Cuaresma empiezan el Miércoles de Ceniza y nos conducen a vivir la alegría de la Pascua. Una alegría que solo será auténtica si realmente nuestra vida se ha transformado para parecerse más a lo que Jesús ha vivido y enseñado.

SEMANA SANTA

la muerte y la resurrección de Jesús

Los días de Semana Santa son los días centrales del año. Los días en los que conmemoramos lo que es más central de nuestra fe: Jesús que, por amor, por su fidelidad al camino del amor de Dios, es detenido, torturado y ejecutado en la cruz; y que, por la fuerza de Dios, es resucitado de entre los muertos para vivir con Dios por siempre. Empezamos con el Domingo de Ramos, cuando aclamamos a Jesús que llega a Jerusalén, y afirmamos nuestra fe en ese camino. Y después, al anochecer del Jueves Santo, empezamos lo que se denomina el Triduo Pascual: el Jueves, como una introducción, recibimos de él el sacramento por el que le tendremos vivo entre nosotros por siempre, la Eucaristía; el Viernes, le acompañamos en su pasión y su muerte, su entrega total; el Sábado, en silencio, estamos junto a él en el sepulcro; y en la Noche Santa de Pascua, celebramos la gran alegría de su resurrección.

PASCUA

la Vida que no se acaba

Para celebrar la resurrección de Jesús no tenemos suficiente con solo un día. Por esto, ya desde los inicios, los cristianos quisieron dedicar un tiempo largo a recordar, una y otra vez, que Jesús está vivo entre nosotros, que nos ha dado su vida, que nos ha renovado y hecho hijos de Dios por el bautismo. Por esto, la Pascua dura cincuenta días, durante los cuales estamos llamados a alabar a Dios, a vivir el gran gozo de ser cristianos, y a transmitir a todos, con nuestra manera de vivir, la Buena Noticia del amor de Dios. La Pascua se acaba con el domingo de Pentecostés, en el que celebramos que la resurrección de Jesús continúa en nosotros, y en la Iglesia, y en el mundo entero, por el Espíritu Santo, que es el mismo Espíritu de Jesús que se nos ha dado.

TIEMPO ORDINARIO

el camino del Evangelio

Acabado el tiempo de Pascua, volvemos otra vez al tiempo ordinario, que son las semanas y los domingos en los que no celebramos nada en especial, ni se resalta ninguna actitud cristiana determinada. Esta segunda parte del tiempo ordinario empieza con dos fiestas, la Santísima Trinidad y el Cuerpo y Sangre de Cristo, el Corpus. Y después sigue una serie de domingos, hasta que volvemos a empezar el tiempo de Adviento. Y en estos domingos, como en la primera parte del tiempo ordinario, seguirá haciéndonos de guía la lectura, de manera continuada, del evangelio que corresponda a aquel año. Para llenarnos, siempre, de la vida y las enseñanzas de Jesús.



CELEBRAR Y VIVIR LA LITURGIA ES UN ARTE

A veces podemos relacionar la liturgia con un conjunto de cosas que hay que hacer, o unas rúbricas por cumplir, o con participar de una determinada manera en una celebración, asintiendo a todo aquello que va recitando el sacerdote... Pero la liturgia va mucho más allá.

De la misma manera que cuando contemplamos un cuadro o escuchamos una pieza musical, si la observamos detenidamente, descubrimos una serie de formas y armonías que la hacen atrayente e incluso llegan a tocar nuestro corazón, así sucede también con la liturgia.

El objetivo de la liturgia es facilitar el encuentro de la persona con Dios, y esto a través de los sacramentos, de la Eucaristía, de la Palabra, de las diversas celebraciones que nos unen, en comunidad, como Pueblo de Dios, ante su presencia. Y cuando analizamos estos momentos también encontramos a Dios, a Él que es la máxima Belleza.

Como hemos dicho, el *ars celebrandi*, la celebración litúrgica, no es un rito a cumplir o algo externo que no nos afecta. El *ars celebrandi* tiene un contenido muy claro e importante –el amor que Dios nos tiene manifestado en el misterio pascual de Jesús– y no podemos participar ni vivir una celebración olvidando esta realidad fundamental. Entonces sería un rito vacío y sin sentido. Celebramos lo que creemos y lo que creemos ¡es muy grande e importante!

La celebración litúrgica reclama nuestra participación activa interna y externa. Celebrar el misterio de Dios nos sitúa en una actitud de reverencia, de respeto, de veneración, de apertura y plegaria confiada... Y a la vez nos pide poner en juego todo nuestro ser, los cinco sentidos, nuestras capacidades. Y a través de cantos adecuados, de lecturas bien proclamadas, de gestos sencillos pero llenos de vida y contenido, de diálogos y silencios, de ritos y oraciones, acceder a este misterio de Dios que se nos revela, una vez más, de forma generosa y gratuita. El equipo de liturgia puede ser de una gran ayuda para preparar con mimo la celebración y facilitar esta armonía que nos ayuda a relacionarnos con Dios.

La belleza de la celebración litúrgica, participar en ella desde la realidad quizás humilde pero auténtica de nuestras comunidades y parroquias, ofreciendo lo que somos y tenemos a Dios con sinceridad de corazón, desde la alabanza y la acción de gracias, con sentido de fiesta y alegría por celebrar y actualizar la Pascua del Señor, en comunión con la asamblea celeste, es un arte, el arte de hacer presente y vivir ya aquí en la tierra aquello a lo que estamos llamados a vivir eternamente.

NATÀLIA ALDANA
Monasterio de San Benet en Monserrat

*Artículo publicado en Galilea.153,
núm. 12, marzo-abril 2020*

24 ENERO, DOMINGO DE LA PALABRA

Este año 2021 es el segundo que se celebra en toda la Iglesia esta iniciativa del papa Francisco, que ya había sugerido al final del Año Santo de la Misericordia (2016) pero que él mismo concretó con el motu proprio *Aperuit illis*, publicado el 30 de septiembre de 2019. Cabe decir que algunas diócesis y conferencias episcopales ya habían empezado la experiencia del Domingo de la Palabra, en muchos sitios complementado con una Semana de la Biblia, pero que a partir del año pasado quedó establecida en todo el mundo en la fecha del Domingo III del tiempo ordinario, que este año corresponde al 24 de enero.

La fecha no es aleatoria, ya que este domingo empieza la lectura semicontinuada del evangelio del ciclo litúrgico correspondiente, en este caso (ciclo B) el de Marcos, con el texto emblemático del inicio del ministerio de Jesús (Mc 1,14-20): el inicio de su predicación («Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio») y la llamada de los primeros discípulos («Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres»).

En el calendario de jornadas eclesiales para el 2021, este día se produce una triple coincidencia: el Domingo de la Palabra (domingo III del tiempo ordinario), la Jornada de la Infancia misionera (cuarto domingo de enero) y la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos (del 18 al 25 de enero). En lo referente a la coincidencia del

Octavario de oración ecuménica, el mismo papa ya sugiere el vínculo con las demás confesiones cristianas con las que compartimos la centralidad de la Sagrada Escritura.

En la Hoja para la celebración de este día tenemos en cuenta todos estos elementos, a la vez que sugerimos también (recogiendo la propuesta del papa) que aquel día la Eucaristía empiece, durante la procesión de entrada, con la entronización del evangelio (o del leccionario) en el ámbon de la Palabra.



Recordamos algunos materiales de *Misa Dominical* que pueden ser útiles:

1. Hoja verde: Resumen de la carta apostólica *Aperuit illis* (Año cristiano, 60).
2. Hoja verde: Propuestas para la Semana de la Biblia (Oración, 72).
3. Cartel: Acojamos y proclamemos la Palabra (Vida Cristiana, 10).

¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato si'» del papa Francisco

Qué pide el papa Francisco

El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común. Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. Merecen una gratitud especial quienes luchan con vigor para resolver las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo. Los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos.

Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque



el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. El movimiento ecológico mundial ya ha recorrido un largo y

rico camino, y ha generado numerosas agrupaciones ciudadanas que ayudaron a la concientización. Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no solo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva (*Laudato si'*, 13-14).

El papa es optimista y afirma la capacidad de la humanidad para construir la casa común. Y agradece todo lo que, desde varios ámbitos, se hace con esta finalidad en todo el mundo. Pero no esconde las frustraciones contemporáneas que dinamitan los esfuerzos hechos en un camino tan largo. Por tanto, hay que quitar todos los obstáculos: negar el problema, quedarse indiferentes, resignarnos cómodamente y eludir la solidaridad.

¡CON LO BIEN QUE ESTÁBAMOS!

La temporada de Teatro Español de Madrid arranca este otoño con un espectáculo titulado así: *¡Con lo bien que estábamos!*, un melodrama musical con mucho humor y vetas de intriga y de misterio.

Con este título inicio mi colaboración en *Misa Dominical*.

Escribo estas líneas en tiempo de emergencia, cuando lo que domina son las restricciones y prohibiciones de todo tipo que nos hacen pensar –¡cómo no!– a lo bien que estábamos antes y a las libertades que nos dominaban.

Podemos hacernos muchas preguntas, pero ninguna respuesta nos va a satisfacer, solo una constatación: ¡con lo bien que estábamos! También en la celebración de los divinos misterios que es lo que nos ocupa.

Hemos vuelto al tiempo ordinario después de las fiestas de Navidad. Las hemos celebrado como hemos podido y entramos en la «normalidad» del tiempo ordinario sin que la normalidad haya vuelto a nuestras celebraciones.

Seguimos añorando y por ello precisamente recordamos cuando estábamos mejor y tendríamos que empezar a valorarlo más.

Celebrar sin restricciones, sin contagios, sin prisas, con nuestra gente.

Celebramos las fiestas pascales sin la normal participación de los fieles, como si su presencia fuera un *opcional*...

Volveremos a celebrar pero ¿habremos aprendido la lección? Si como dice el papa Francisco la pandemia dejó al descubierto nuestras falsas seguridades (*Fratelli tutti*, 7) tendríamos que examinarnos y en concreto examinar nuestras celebraciones dominicales para ver si han sido capaces de vencer el virus que nos adormece cuando no somos capaces de transmitir la fuerza de la celebración que rompe seguridades y nos instala en la plataforma adecuada.

Un deseo y un sentimiento de volver renovando y de renovar volviendo a lo bien que estábamos.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS

Centre de Pastoral Litúrgica

☑ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LIII

Subscripción anual: 85,50 €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975